

Muchachas de la villa,
Niñas alegres,
Que bajáis á Santiago,
Santiago el Verde;
Tejed ricas guirnaldas
Para las sienes
De la Maya donosa
De ojos celestes,
Que en la corte de España
Logró valiente
Libertar á su amante
De fiera muerte.
Hoy en su blanco seno
Tranquilo duerme;
Y al compás del arrullo
Con que le mece,
Dice á veces risueña,
Llorosa á veces:
—Que viva el rey de España
Justo y clemente,
Que á las niñas que lloran
Su amor les vuelve.

DON JOAQUÍN JOSÉ CERVINO

Introducción al poema titulado

LA VIRGEN DE LOS DOLORES

¿Mi pobre corazón por qué suspira,
Y del retiro y soledad se agrada?
¿Por qué á do yace mi olvidada lira
Súbito he dirigido una mirada?
¿Qué sombra de tristeza en torno gira
Que así me deja el ánima angustiada,
Y el arpa del dolor voy aprestando
Tonos de luto al cielo demandando?
¿He escuchado el graznar de la corneja,
Del cuervo augurador he visto el vuelo,
O turbja estrella de fatal guedeja
Terror lanzando entre el azul del cielo?
No; necio agüero al corazón no aqueja,
Ni en fantasmas la mente encuentra el duelo:
Temieronlos paganas Roma y Grecia;
El alma del cristiano los desprecia.
Tú, Luna, que en el alto firmamentó
Ves, en trono de nácares llevada,

Al ángel de la noche dando al viento
La fimbria de la veste plateada:
Tú á quien dije mi pena y mi contento
Tantas veces en cítara acordada,
¿Sabes por qué me acosa este quebranto
Que abre mi labio para triste canto?
¡Oh! dímelo si puedes, luna bella:
Así nube importuna nunca empañe
La hermosa lumbre que tu faz destella,
Así un coro de estrellas te acompañe,
Y venzas en fulgor á cada estrella.
Así en su luz el Sol por siempre bañe
Tu frente candorosa. Dime ¡ay! dime
Por qué hoy la lira entre mis manos gime.
No ha mucho, cuando el Sol en occidente
Recogía su manto de oro y grana,
Mil cambiantes de luz dando al ambiente
Su bordadura espléndida y galana;
Contemplando el tesoro refulgente
De tanta maravilla soberana,
Fijé mi incierta planta vagarosa
De regio templo ante la mole airosa.
Y salvando el umbral de mármol pario,
En la desierta silenciosa nave
Penetré del augusto santuario,
Henchida el alma de respeto grave.
Ya no vertía aroma el incensario;
Ni se escuchaba el cántico suave,
Y en música y perfume todavía
Parece que la mente se embebía.
Allí lámparas de oro reflejaban
Ante el que hizo la luz á un solo acento;

Allí rosas y acacias descollaban
Ante el que á mayo presta flores ciento;
Allí columnas dóricas se alzaban
Ante aquel que sostiene el firmamento,
Soberbios chapiteles sustentando,
De esmeralda y zafir vislumbres dando.
Y allí... dadme otra lira más sonora,
Más dulce, más süave, con que pueda
Decir la hermosa estrella encantadora
A cuya luz la mente absorta queda.
Allí del almo empireo la Señora
So pabellón de purpurina seda,
Tan pura, tan graciosa, tan divina,
Como el hombre en la gloria la imagina.
Mas ¡ay! no, que en la gloria sus fulgores
Cual Reina de los ángeles ostenta:
Mientras aquí el cincel en sus primores
De los mártires Reina la presenta.
Mas ¡ay! no, que en la gloria entre esplendores
Del Sol vestida nítida se asienta,
Mientras aquí bajo enlutado manto
Un mar parece de dolor y llanto.
Inclinada la frente alabastrina
Al grave yugo del penar profundo;
Suspendida una lágrima divina
De aquel párpado en lágrimas fecundo;
Entreabierta la boca purpurina,
Manantial de consuelos para el mundo,
Entrambas manos contra el seno oprime
De alto dolor en actitud sublime.
Linda, y blanca, y purísima azucena,
¿Quién derramó en tu cáliz la amargura?

Estrella que la mar calma y serena,
¿Quién agitó tu luz tranquila y pura?
Virgen que llama Dios *de gracia llena*,
¿Quién te llenó de duelo y desventura?
Madre de paz, inofensiva, amante,
¿Quién te ha herido con daga penetrante?

Yo lo diré, si á tanto es poderosa
La voz que tierna compasión embarga:
Yo lo diré, si el ánimo angustiosa
Al ver tanto penar no se aletarga.
Arpa de los dolores temblorosa,
Brote en mis manos tu canción amarga;
Luna, esplendente Luna, ya no digas
Quien presta al labio fúnebres cantigas.

Angel inspirador que al genio diste,
Que cantó de Sión la desventura,
Voz de dolor armoniosa y triste
Que enterneciera hasta la roca dura:
Tú que á David la lira concediste,
Torrente de dulcísima tristura,
Ven del cielo á templar el arpa mía:
Yo canto los dolores de María.

DON JOSÉ GARCÍA

MI DICHA

Un himno de contento
Eleve el corazón agradecido
Al Dios del firmamento,
Que á su siervo escogido
Le dió con abundancia el bien querido.
Pastores, que el ganado
Sediento conducís á la llanura
Donde el pozo sagrado
De Jacob, su agua pura
Os ofrece, y los árboles frescura;
Oid como gozosa
Mi lengua ensalza del Señor los dones
En lira armoniosa;
Aprended sus canciones
Y repetidlas luego á las naciones.
Fatigado seguía
El justo sus senderos; mas no en vano
Fué la virtud su guía,
Que Dios abrió su mano
Y el áspero camino se hizo llano.

Y consumiósse luego
El acerbo dolor que le affigía,
Como la cera al fuego;
Como á la luz del día,
La oscura niebla de la noche umbría.
Y dióle una cabaña
La más limpia y feliz que vió la aurora,
De cuantas su luz baña;
Do eterna dicha mora,
Do nunca la inquietud llamó á deshora.
No cifra su belleza
En labrado marfil, de delicada
Labor, ni en la riqueza
De Sidón la nombrada,
Ni en las artes de Menfis celebrada.
Álzase entre olorosos
Mirtos, y un ancho huerto la rodea
De manzanos frondosos,
Que el manso viento orea,
Cuando su dulce fruto amarillea.
Entre arenas de oro,
Un arroyuelo su raudal desata,
Murmurando sonoro,
Y en su espejo de plata
La majestad del cielo se retrata.
Viciosa la vid crece
Más allá, de racimos tan cargada,
Que al peso desfallece,
Cual tierna desposada,
Que lleva de su amor la prenda ansiada.
La blanda lluvia riega
De la tierra feraz el seno ardiente

Cuando el otoño llega;
Y á mi voz, obediente,
El tardo buey la rompe lentamente.
Siembro en el surco el grano
Implorando al Señor que lo bendiga,
Y su pródiga mano
Por premiar mi fatiga
El campo cubre de abundosa espiga.
Mas otro bien poseo,
Trasunto fiel de la mujer más pura
Que codició el deseo;
Sagrario de ternura,
Con todo el esplendor de la hermosura.
Tal es mi bien amada,
La dulce compañera de mi vida,
Por quien enamorada,
El ánima rendida
Su esclavitud adora bendecida.
Elévase su frente,
Como enhiesto collado, por do asoma
La clara luz de Oriente,
Y de sus ojos toma
Su mirada apacible la paloma.
De flores de granado
Es su tersa mejilla pudorosa
Canastillo preciado,
Y su boca amorosa
Panal de ricas mieles que rebosa.
Y dulces y templadas
Cual la leche que mama el corderillo
Sus palabras, mezcladas
Del aroma sencillo

De su aliento de mirra y de tomillo.
Y adivinan mis ojos
Su blanco seno bajo el lino leve,
Como capullos rojos
En montones de nieve,
Que el blando soplo de la brisa mueve.
Cuando de amor suspira
Y fallece en mis brazos tan hermosa,
Mi pecho no respira,
Y el aura cariñosa
Gime en silencio, junto á mí, celosa.
Si alguna vez, pastores,
Así me véis, no turbe vuestro acento
La paz de mis amores:
Que está mi pensamiento
Dando gracias al Dios del firmamento.

DON GUMERSINDO LAVERDE RUIZ

PAZ Y MISTERIO

¡Qué agitación, qué soledad... columbro
Trémula antorcha en el confín sombrío...
¿Es el amor que á consolarme viene?
Voy á su encuentro.
¡Noche sin luna!... El adormido cielo
Triste sonríe á la adormida tierra,
Y ondisonando cadencioso, el grave
Ponto le arrulla.
Perdida oveja en los collados bala,
Almas en pena por las grandas gimen,
Lentas las auras, las silvestres frondas
Lentas murmuran.
¿Dónde me lleva el corazón volando?
Atrás el bosque y sus florestas dejo...
Allá en el monte el ruiseñor gorjea...
¡Vuelo á la cumbre!
Hora á cumplirse algún misterio empieza,
Cantan los ecos... mis oídos cantan...
Son armonías del festín... mi nombre...
¡Fuera del mundo!

¡Qué puro albor los horizontes baña!
¡Qué dulce estrella los alumbra inmóvil!
¡Qué alma Deidad de su dorado seno

Brota radiante!

Cetro de lirios y azucenas trae,
Bajo sus pies la inmensidad florece,
Vierten aromas del Edén sus labios,
Gloria sus ojos.

Ciñe mi frente con azul guirnalda,
Me desvanece su mirar divino,
Plácida sombra en derredor extiende...

Caigo en sus brazos...

Arden al par su corazón y el mío,
Surco los cielos en bajel de flores...
¡Es el amor!... Mi corazón espira...

¡Muerdo de gozo!

Sigue el festín... y las distantes arpas
Melancolía regalada infunden...
Calla la mar... el firmamento brilla...

¡Paz y misterio!

DON ENRIQUE R. DE SAAVEDRA

(*Duque de Rivas*).

EL CANTO DE LA SIRENA

Ya asoma la luna
Por la cumbre del monte vecino;
Su rostro divino
Refleja en la mar.
Mi Delio reposa
En su barco que envuelve la bruma,
Y ya puedo, cantando amorosa,
Batiendo la espuma,
Su sueño arrullar.
¡Bendita la noche,
Y benditos los tibios fulgores
Del astro de amores
Que argenta tu sien!
Entre olas levanto
Mi cabeza á su lumbre indecisa,
Y suspenden, si entono mi canto,
Su vuelo la brisa,
La mar su vaivén.

Mi voz de sirena
Es la voz del arroyo y del ave,
Del aura suave
Gimiendo en la flor.
Reposa, bien mío,
Y mis cantos escucha risueño;
De tu barco las ondas desvió,
Yo velo tu sueño,
Soy tu ángel de amor.
 De Dios al amparo,
Móvil concha sirvióme de cuna;
Mi sola fortuna
Fué un barco y la red:
Mi dicha inocente
De la pesca los varios azares,
Ó contigo soñando la mente,
Mecerme en los mares
Del viento á merced.
 En rústica danza,
¡Cuántas veces en esa ribera
Mi planta ligera
La arena grabó!
El libre cabello
De azabache flotaba en mi espalda,
Y la brisa besando mi cuello,
Jugando en mi falda,
De amor suspiró.
 Mas ¡ay! del que fia
De este mar que los astros refleja,
É incauto se aleja
Bogando al azar!
Mis tristes despojos

Sepultó con tu dulce esperanza:
Y sin mí que era luz de tus ojos,
Tu pecho no alcanza
La dicha á encontrar.
 Bramó la tormenta;
Retemblaron la playa y la cumbre;
Del rayo la lumbre
La niebla rasgó.
¡Fué vano el lamento!
¡No escuchaste mi triste querella!
Entre rocas, juguete del viento,
Mi barco se estrella,
¡Mi barco se hundió!
 Vagar sin ventura
De la mar en el fondo es mi sino;
Mi eterno destino
Tu rumbo seguir.
Tu leve barquilla
Con poder invisible yo guío;
Soy el genio que salva tu quilla,
Si el viento al bajo
La empuja á morir.
 Ignoro, en mi arcano,
Si soy ángel, mujer ó sirena,
Si mi alma enajena
Placer ó dolor.
Tu vida es mi muerte,
Y aquí aguardo tu instante postrero;
Mas salvarte doquier es mi suerte,
Y amansa el mar fiero
Mi acento de amor.
 ¡Qué rompa el Eterno

De tu vida mortal la barrera,
Que mi alma á su esfera
Se digne llamar!
Y de ángel las galas
Ya verás cómo tiendo en el cielo
Y recojo tu aliento en mis alas,
Dejando en mi vuelo
La tierra y la mar.

CONTEMPLACIÓN NOCTURNA

DESDE UNA ALTURA DE LOS ALPES

Noche clara y amiga,
Déjame que, en tu encanto embebecido,
Por esos dilatados horizontes
El lento curso de los astros siga.
Déjame ver en tu apacible seno
Rodar la luna, fúlgido topacio,
Dando esplendor á las heladas cumbres,
Y tu ancho velo en el tendido espacio,
Salpicado de trémulas vislumbres.

Mas ¿qué vaga tristeza
Me oprime el alma al remontar el vuelo
Á esos abismos, y el inmenso cielo
Contemplar en su vívida grandeza?

Astros bellos, mecidos
Como bajeles de oro
En incógnito mar, ¿quién suspendidos
Os tiene así con invisible mano?
¿Qué aliento soberano,
Un siglo y otro en eternal carrera,

Os lleva rutilando por la esfera?
¿En el cándido seno luminoso
Qué me ocultáis? ¿Cuál es vuestro destino?
¿Acaso tributar en los espacios
Himnos de gloria al Creador divino?
¿Ó sois, tal vez, los nítidos palacios
De la ideal ventura,
Los pensiles de luz y de belleza
En donde el alma empieza
Á despertar, y libre de amargura,
Por las celestes galas
Cambiando la terrestre vestidura,
Al sol de la verdad abre las alas?

De un hado ciego, impío,
No lleváis, no, la bárbara sentencia
En vuestros claros orbes esculpida,
Que nos ata al dolor; no el albedrío
Ahogáis, y la razón y la conciencia:
Astros puros y bellos,
Si ejercéis un influjo en nuestra vida,
De paz y amor serán vuestros destellos.

¡Ay! con esfuerzo vano
En vuestro suave resplandor se anega
El pensamiento humano...
¡Cuántos, cual yo, desde que el hombre riega
Con lágrimas el mundo,
Á vuestra excelsa lumbre
Su divino secreto preguntaron!
¡Cuántos siguieron con ardor profundo
Vuestro callado giro
Por la bóveda azul que absorto admiro!
Mas ¡inútil afán, loca esperanza!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Como esfinges de luz ornáis el cielo,
Y vuestro enigma la razón no alcanza.
¿Quién, astros rutilantes,
Al veros no se postra confundido?
¿Quién os miró poblando el hemisferio,
Como suspensa lluvia de diamantes,
Y no sintió su pecho estremecido?...
Plácida noche, tu piadoso manto
Cubra mi pequeñez: no en mente humana
La excelsitud de tu misterio cabe;
Mas tu sosiego y paz, tu dulce encanto
Mi triste corazón comprender sabe.
Bañad, bañad mi frente,
Astros con que la noche se engalana:
Polvo seré mañana
Que esparcirá en sus ráfagas el viento.
Mas vosotros, del vasto firmamento
Diadema prodigiosa,
Bellos faros de lumbreros misteriosa
En esos insondables océanos,
Mientras el orbe aliente,
Gloria seréis de Dios omnipotente
Y asombro de los míseros humanos.

DOS ÁNGELES

El madero que Dios puso
Entre las iras del cielo
Y los pecados del mundo...
Calderón.

I

Bajo tu manto, oh noche pavorosa,
El orbe duerme, el universo calla;

Sólo, en acerba lid, mi alma afanosa
Paz ni quietud entre tus sombras halla...
Muda yace la selva: en la espesura
Ni gime el viento, ni se queja el ave;
Ni del piélago en calma la llanura
Rompe la quilla de velera nave.
¡Todo silencio!... Solitario monte
Allí se eleva al estrellado cielo;
En él será más ancho el horizonte,
Más libre el alma tenderá su vuelo.
¿Qué me detengo, pues? En la alta cumbre
El aire puro batirá mi frente;
Acaso de los astros en la lumbreros
La encuentre al fin mi tenebrosa mente...
¡Cuánta maleza! ¡Qué áspero camino!
Pavor me causa la tiniebla muda...
Ayer dudaba del poder divino,
Y hoy tengo miedo de mi propia duda...
Mas ¿qué rumor dulcísimo resuena
De tremolantes alas? ¿Qué armonía,
Cual vago aroma los espacios llena?
¿Qué mágico esplendor mi alma extasia?
De la mente quiméricos antojos
No son, ni sueño que forjó el deseo:
Blanca visión, con deslumbrados ojos
En nimbo celestial tu frente veo.
Al fin te hallé: perdona mi demencia,
Si busqué por un valle de amargura
En el amor de la mujer tu esencia,
Tu etérea forma en la materia impura.
Hermanos son tu espíritu y el mío:
Tú ostentas el ropaje de la gloria,

Y mi alma, opresa en calabozo impío,
Sólo reviste la mortal escoria.

Ángel, si me amas, si impalpable nudo
Mi vida enlaza con tu sér divino,
Calma mi pecho, sírveme de escudo,
Templa mi sed, alumbrá mi camino.

II

Ven con tus alas fúlgidas
Á serenar mi frente...
Disipa el negro vértigo
Que en mar de sombra hirviente
Anubla mi razón.
No es delirante sueño
De orgullo y de grandeza...
Luz anheló mi espíritu;
Verdad, amor, belleza
Ansió mi corazón.

Mas ¡ay! cruzo los ásperos
Senderos de la vida,
Y doquier hallo atónito
La humanidad perdida
Del infortunio en pos.
Doquier luto en el orbe,
Y peste asoladora,
Y la maldad impúdica
Que se alza triunfadora
Ante el poder de Dios.

De hambre y dolor exánime
Sucumbe la criatura;
La madre sólo lágrimas

De amarga desventura
Puede á sus hijos dar.
En tanto en sus entrañas
Oro esconde la tierra,
Y tesoros espléndidos
En sus senos encierra
El turbulento mar.

Allí pueblo frenético
La libertad invoca,
Arrollando, en los ímpetus
De su venganza loca,
Ley, justicia, virtud.
Álzase aquí una espada
De odio y de sangre llena,
Y la mano de un déspota
Nos ciñe una cadena
De abyecta esclavitud.

Oye... oye el estrépito
De la feroz pelea:
Oye los ecos lúgubres;
Ve la sangre que humea
Del hierro asolador.
¿Dónde está la justicia
Del brazo omnipotente?...
¡Ó condenó á los míseros
Humanos, inclemente,
Al crimen y el dolor?

III

No, no existe tal vez cuanto ver creo;
Es ilusión falaz de mis sentidos,

De mi espíritu informe devaneo,
Recuerdos confundidos,
Falsas sombras, quiméricos sonidos,
Y en mi ser está el mal que absorto veo.

Ángel rebelde que vivió en la pura
Región del firmamento,
Pero manchó la blanca vestidura,
Perdió sus alas, y del almo asiento
Rodó al abismo de la noche obscura.
Culpa que no redimen
Ni la oración ni mi penar profundo:
Son formas de mi crimen
Todo el dolor, la iniquidad del mundo.

La mística plegaria,
Flor que en mi labio corrompió su esencia,
Perdida luz de estrella solitaria
En el revuelto mar de mi conciencia.

Y la ríscosa cumbre
De cuya cima el águila altanera
Parte, rompiendo el denegrido manto
De la borrasca fiera;
Y del ronco volcán la roja lumbre;
La enmarañada, férvida ribera,
En donde finge su doloso llanto
El aleve caimán, ó de la artera
Sierpe se oye el silbido;
El desolado yermo que estremece
Chacal hambriento con feroz aullido;
El mar que se embravece,
Los escollos vistiendo con la espuma,
En tanto que en la bruma
Sobre las ondas el alción se mece;

Y ese mísero enjambre,
De pobres seres degradada turba,
Que el espacio conturba
En fratricida lucha carnífera,
Ó gime y muere de dolor y hambre,
Todo, todo fantástica quimera:
Cuanto alumbra es mentira
La opaca luz del pensamiento mío;
Es el alma que sueña ó que delira
Rodando en el vacío.

Y las flores de Mayo
Que tapizan la selva y la llanura,
Y el matutino rayo
Que en el azul del piélago fulgura;
El ruiseñor que canta
Sobre el frondoso vástago mecido;
El sol que los celajes amaranta
En medio de los astros suspendido;
La mágica armonía
Que vagarosa en el espacio suena
Al espirar el día,
Y de suave ternura el alma llena;
Y las orlas de espuma
Que tiende el mar en la risueña playa;
Y de la tarde la nacárea bruma
Dorada por el sol cuando desmaya;
El cándido embeleso
Con que sueña en amor la fantasía,
Y de una virgen adorada el beso
Que el alma y los sentidos extasia;
Y los fuertes latidos
Que siente el pecho en conmoción secreta

Cuando en dulces, harmónicos sonidos
Revela á Dios el arpa del poeta,
Ó con sublime aliento
El genio rompe la humanal escoria,
Da el eco de los ángeles al viento
Ó al lienzo da la lumbre de la gloria;
El amor, que germina
Como flor de virtud y de pureza,
Clara fuente divina,
Manantial que se pierde en la maleza;
La caridad que en abundoso manto
La humanidad abriga;
El materno cariño puro y santo,
La fe que el alma con el alma liga...

 Todo, sombras quiméricas
Que en torno de mi frente
Giran; mundo fantástico
Rodando por mi mente
En loca confusión,
O recuerdos dulcísimos
De tiempos que pasaron,
De celestiales ámbitos
Que mis alas cruzaron,
Vagos sonos angélicos
Que aún sueña el corazón.

 Místico sér, purísima
Emanación del cielo,
Si tu mirada fúlgida
Es iris de consuelo,
Mi espíritu sostén:
Perdido en negro piélagos,
Abismos sólo alcanza;

Vuélvele tú benéfico
La luz de la esperanza,
Y con la blanca túnica
Al fin toca mi sien.
 Si es del sublime Empíreo
La fragancia que exhalas,
Si un ángel eres, álzame
En tus potentes alas
Al orbe celestial.
¡Contemplas ¡ay! mis lágrimas
Indiferente y mudo,
O tu espada fulmínea
Cortar no puede el nudo
Que encadenó mi espíritu
Al fango terrenal?

IV

Calló mi labio; y en el aire leve,
Entre rayos de insólito fulgor,
Tendió el ángel su túnica de nieve,
Brilló en sus ojos infinito amor.
 Sígueme, dijo; y por el vago ambiente
En su vuelo sentíme arrebatár;
Se estrellaban las nubes en mi frente,
Bramó á mis pies enfurecido el mar.
 Y al ancho espacio mi celeste guía
Levantando la antorcha de la fe,
Me apareció á su luz la tierra umbría,
Y mudo de terror la contemplé...
 Era, como si el orbe moribundo
Se agitara en el último estertor;

Era el infierno trastornando al mundo,
Presa infeliz del crimen y el dolor...

Vi los valles arder; guerra en los montes;
Cefros y armiños por el fango vil;
Y los rayos surcar los horizontes,
Hundirse imperios y ciudades mil.

La tierra vacilar en sus cimientos;
Con el austro luchando el aquilón,
Y rodar en los vórtices sangrientos
La humanidad en loca confusión.

Al pavoroso estruendo despertaban
Los muertos en el polvo sepulcral,
Y mil generaciones se mezclaban,
Hojas que arremolina el vendaval.

Luego un inmenso grito de agonía
La voz del huracán sobrepujó;
Grito cual nave náufraga lo envía
Cuando á tragarla el piélagos se abrió.

Y no vi más: cadáver era el mundo;
Las tinieblas, su manto funeral;
Y el astro de la noche, moribundo,
Pálida luz de antorcha sepulcral.

Mudo, suspenso en el abismo ingente,
Quedé sumido en angustioso horror;
Cuando ¡oh prodigio! el apartado Oriente
Inflamándose en súbito fulgor,

De la ancha tierra sobre el triste osario
Vi las almas flotando en mar de luz,
Y entre el cielo y la cima del Calvario
Circundada de arcángeles la Cruz.

Á LA MUERTE

del insigne poeta

DON GABRIEL TASSARA

¡Cayó también!... Ya en polvo se deshace
El águila que al cielo se elevó:
Como extinto volcán su frente yace,
Helado está su noble corazón.

¡Qué fueron ¡ay! los sueños del poeta,
De su arpa de oro la radiosa luz,
La divina intuición de su alma inquieta,
De su acento la magia y la virtud?

Vedlo seguir á las humanas greyes
Rebosando sublime inspiración,
Y en el vaivén de pueblos y de reyes
Buscar el rumbo que les traza Dios.

Vedlo, tras lucha amarga, alzar el vuelo
En las pujantes alas de la fe,
Y las cimas salvar pidiendo al cielo
Fuente divina en que saciar su sed.

Mas ¡ay! aquella excelsa fantasía
Ya no recorre el firmamento azul;
Aquella frente donde el estro ardía
En la noche se hundió del ataúd...

No, no es Tassara lo que ven los ojos,
Árbol que el rayo de la muerte hirió;
Esos yertos y lívidos despojos
De una llama inmortal ceniza son;

Llama que eterna brillará en su nombre,
Y cual nimbo de gloria ornó su sien;

Llama que en semidiós transformó al hombre
Y dió á su aliento mágico poder.

No, no murió: la humana vestidura
Cayó tan sólo en la afanosa lid;
Su alma se goza en la celeste altura,
Lo que anheló su pecho encuentra al fin.

DON LUIS A. RAMÍREZ MARTÍNEZ Y GÜERTERO

(*Larmig*).

LA HIJA DE JAIRO

I

¿Dó van las mal ceñidas
Veladas *Plañideras*?
¿Sus voces lastimeras
Qué quieren anunciar?
Traspasan de un palacio
El pórtico espacioso.
¿De quién es el pomposo,
Solemne funeral?

Del opulento Jairo
Aquella es la morada.
Allí la muerte airada
Su dardo disparó;
Allí contempla un padre,
Con aterrados ojos,
Los pálidos despojos
Del fruto de su amor.